

HOMENAJES Y CULTURA DE PAZ

Es evidente que existe un porcentaje pequeño, pero significativo, de nuestra juventud que ha vivido un proceso de socialización que le ha dirigido a adquirir y compartir contravalores: la incapacidad para distinguir entre fines discutibles y medios intolerables, la violencia como un fin en sí mismo, la disponibilidad de la vida de otras personas, la intolerancia o el odio para con quienes no comparten sus entelequias sociales y políticas.

Un síntoma y una causa de esta situación podemos encontrarlos en los homenajes que el mundo que guía esos procesos de socialización tan patológicos organiza para personas como un etarra recién muerto o cuando otras vuelven de la cárcel, después de haber cumplido condenas por crímenes execrables. Estos homenajes son un síntoma de la perversión de los valores fundamentales que convierten una vida en humana, pues jalean los atentados contra las vidas y las libertades de personas cuyo único "delito" es pensar diferente, tener una determinada profesión o simplemente pasar por azar junto a la bomba que estalla.

Estos homenajes son también expresiones públicas muy significativas de ese caldo de cultivo en el que se producen estos procesos de socialización en valores de intolerancia, odio y muerte. Además, no son infrecuentes. No hay semana en la que no nos llegue, a través de algún medio de comunicación social, la noticia de uno de estos homenajes, de los enfrentamientos que ha provocado el intento de realizarlo con las fuerzas de orden público o de su realización tolerada, en ámbito diferente al previsto, ante la intervención de las fuerzas policiales. La deshumanización que ponen de manifiesto no sólo tiene que ver con la visualización de lo que piensan y de cual es la "ética" de quienes los organizan, convocan y acuden a ellos. También debemos recordar el insulto que suponen para las víctimas (o para su memoria, si fueron asesinadas) y para las familias y demás personas allegadas a ellas. No sólo se atentó contra su vida y/o contra su integridad o libertades fundamentales, sino que ahora un determinado colectivo escenifica públicamente que el agresor es un héroe, con lo que la víctima vuelve a ver pisoteada su dignidad.

La existencia de personas dispuestas a asesinar en nombre de patrias o ideas similares y la de otras, más abundantes, dispuestas a justificar estos asesinatos, a homenajear a sus autores materiales o a no condenar esta violencia terrorista pone de manifiesto que las familias, las escuelas o colegios, las organizaciones educativas no regladas, la iglesia y las administraciones públicas no hemos ni estamos dando la talla a la hora de prevenir que una parte de nuestra juventud llegue a odiar tanto y desprecie la vida, especialmente la de otras personas. En cada caso concreto uno de estos sujetos podrá ser el más responsable y, tal vez, otros no habrán contribuido de forma significativa, pero todas y todos, ciudadanos, organizaciones e instituciones habremos de preguntarnos permanentemente cómo nació este cáncer social entre nosotros, cómo no hemos sido capaces de atajarlo y qué debemos hacer para conseguir que vaya desapareciendo.

En este contexto la educación en valores de paz, tolerancia activa y no-violencia es una exigencia muy superior a la que existe en otras sociedades. Al servicio de esta ingente tarea tenemos que conseguir la implicación de cuantos más mejor, especialmente de las familias. Tiene que ser un objetivo traducido en estrategias y actuaciones concretas y eficaces en todo el sistema educativo reglado, con la adecuada financiación y el apoyo decidido de la Administración. Debe constituir un reto permanente para las organizaciones relacionadas con la educación del ocio y del tiempo libre. Es una responsabilidad que también atañe a todos los miembros de la sociedad. No se puede permanecer impasible cuando se escucha un comentario irresponsable que minimiza el impacto de esta cultura de la violencia, ni se debe permitir que un adolescente, todavía controlable, pisotee los derechos de otros ciudadanos. No se trata de enfrentarse desnudo a la violencia ciega, pero sí se trata de combatir pacíficamente expresiones, actuaciones o ideas que son intolerables.

Así, aunque la tarea principal y más urgente es acabar con la cultura de la violencia y sus manifestaciones más dramáticas, conviene no olvidar que esta cultura acaba contaminando a toda la sociedad. Toda persona tiene derecho a defender sus propias convicciones, salvo que éstas vulneren los derechos de sus semejantes. En nuestra sociedad abundan situaciones en

las que se perciben dosis de intolerancia indeseables. No se trata de rendir las propias ideas a las del otro, aceptando su talante impositivo o sus malos modales. Pero si precisamos combatir, cuando entramos en diálogo con otras personas, sentimientos excluyentes o posiciones preconcebidas poco fundamentadas que dificultan la construcción de una sociedad civil cada vez más activa frente a los contravalores de la violencia. Una sociedad cada vez más comprometida con una convivencia hecha de respeto a aquellas normas irrenunciables -por representar preceptos éticos básicos-, de discrepancias contrastadas pacíficamente, de apertura de miras o de consensos que se definan desde la mayoría, pero sin olvidar a las minorías.

Lucía Cristobal
Pedro Luis Arias Ergueta

Gesto por la Paz

Publicado el 2 de marzo en El Correo y El Diario Vasco